

No, no escuché lo que me dijo. En aquel preciso instante nos cruzamos con un gigantesco camión frigorífico, de fruta, creo; no lo puedo asegurar. Lo cierto es que el camión levantó una gran nube de polvo y armó tal escándalo que me resultó imposible oírlo.

—¿Qué has dicho? —le pregunté—. Con el ruido del camión no te he entendido ni media palabra.

El mánager me miró de reojo, como si le molestara tener que repetirlo.

—Te preguntaba —se decidió por fin— que qué demonios estás mirando todo el rato.

No le respondí al instante. Primero hice sonar mis llaves, que como de costumbre las llevaba en la mano, en un llavero de aro, para entretenerme. Luego me rasqué la oreja derecha —¿la derecha?— y dije, con retintín:

—¡Estoy disfrutando de la naturaleza!

—¿Quéééééé? —preguntó, sorprendido como si le hubiera dado un cólico nefrítico o le hubiera picado una avispa o hubiera visto un fantasma o algo por el estilo, y me miró de reojo, sonriendo. Pero menuda sonrisa, puro sarcasmo.

—Disculpa —le dije—, no entiendo cómo te puede molestar que disfrute de la naturaleza, aunque ya, ya se te nota en la cara. Oye, ¿a ti no te emociona la naturaleza? ¿No? Esta maravilla de paisaje, tan idílico, como un paréntesis de alegría en medio de tantos sitios grises y desagradables y repletos de fábricas como aquellos por los que acabamos de pasar...

Me fulminó con su mirada y no rechistó. El sarcasmo de su sonrisa parecía tenerlo estampado en la cara.

—¿Qué te pasa, que no pías? ¿De verdad que no te dice nada todo este panorama? —E insistí, con voz engolada—: Colinas magistralmente modeladas; esbeltos árboles que a derecha e izquierda se cimbrean como si nos hicieran una reverencia; el riachuelo que serpea incesante y desaparece; pajarillos que rasgan el aire y nos saludan planeando; flores silvestres de mil colores que nos alegran la vista y desprenden su aroma embriagador...

—¡Ooooooh! —exclamó, como si le hubiera dado un cólico nefrítico o le hubiera picado una avispa, etc.

—¿Sabes lo que eres? —le solté—. O mejor, ¿sabes lo que no eres? Pues... no eres una persona normal. Me apuesto lo que quieras a que estás lleno de complejos.

Me miró con visible preocupación.

—Conque soy un acomplexado... —dijo, como hablando consigo mismo.

—¡Y que lo digas! ¿Quieres saber en qué me baso? Mira, la naturaleza nos abre sus brazos de par en par, en una orgía de colores y de olores, y tú, como si oyeras llover. Toda la magia de este paisaje es como si no existiera para ti. Estas preciosas y encantadoras granjas de tejados rojos y ventanas verdes y amarillas, los niños que cantan y juegan alrededor de los animalitos, las gallinitas, los cerditos gruñones...

—Animalitos, gallinitas, cerditos gruñones —dijo con el tono del escolar que repite la lección como un papagayo.

—¡Vamos, hombre! —insistí en mi afán de hacer proelitismo—. Abre los ojos y retén este magnífico rosa que colorea suavemente en el horizonte. Abre tu corazón y...

—¡Ya basta! —me interrumpió—. ¡Me declaro culpable! Sí que tenía que haberme fijado en el paisaje, y que tenía que haberme emocionado también, vale.

Y se levantó el sombrero, que se le había caído un poco y le impedía ver bien.

—¡Por fin! —suspiré, satisfecho por su cambio de actitud—. Más vale tarde que nunca.

—¡Mira! Allí... a la derecha... en esa granja de las ventanas amarillas, la que tiene muchos balcones —me dijo, señalando con el dedo—. El primero... el segundo balcón a la derecha, veo un magnífico rosa...

—¿Rosas?

—¡Bragas!

—¡Qué ordinario!

—¿Ordinario por qué? —protestó al instante—. Que te digo que se las he visto perfectamente, palabra de honor. La gordita esa que está allí subida limpiando los cristales lleva bragas rosas.

—¡Qué ordinario!

—Y, además, de encaje.

No tenía ningún sentido continuar con aquella conversación. Tenía los nervios de punta y, como para expulsar los demonios del cuerpo, me volví hacia la derecha y escupí. El viento me lo devolvió con acuse de recibo y me salpicó en la cara. En el ojo derecho.

Luego sobrevino un silencio de un cuarto de hora, quizás más.

De repente, observé que el mánager estaba conduciendo solo con la mano izquierda y con la derecha se rebuscaba por todos los bolsillos. ¿Qué diablos buscaba tanto tiempo? No, no me gustaba ni un pelo lo que veía. Porque no era nada gracioso ver cómo alguien conducía con una sola mano por la Nacional 37, a las nueve y veinte de la mañana, una hora punta, y con la otra se hurgaba en los bolsillos. ¡Vamos, hombre! Y además la aguja marcaba una velocidad constante de 110 por hora...

Por fin, de un bolsillo de la chaqueta, o del chaleco —un chaleco de cuadros amarillos y negros, a la última, que a mí me gustaba mucho—, sacó unos chicles.

—¡Los encontré! —gritó entusiasmado—. Siempre que salgo de viaje me echo unos chicles al bolsillo. Imprescindibles. Quitán la sed. Lo que pasa es que soy un pelma para encontrarlos. A veces ni recuerdo en qué bolsillo los he metido. Y como estoy lleno de bolsillos, pues tengo que rebuscarme por todas partes.

Se llevó un chicle a la boca y, girándose hacia su derecha, sacó dos del paquete.

—Uno para cada uno —dijo.

—Gracias —contestó él, y cogió los chicles con que nos obsequiaba el mánager—. Yo también tengo una sed terrible.

Tomó su chicle y, volviéndose hacia mí, me dio el que me correspondía. No, yo no tenía una sed terrible, no tenía ni pizca de sed, lo acepté. ¿Por qué no iba a hacerlo?

No es que los tres estuviésemos muy cómodos en el asiento de delante, tampoco íbamos demasiado apretados. Al salir por la mañana, a las siete en punto, dos horas y media antes, al mánager se le había ocurrido decir:

—Vamos a ponernos los tres delante, así estaremos mejor, uno al lado del otro. Charlando se nos pasará el viaje sin darnos cuenta.

Se admitió la propuesta por mayoría absoluta, así que entramos, algo apretados lógicamente, y pusimos las maletas detrás.

—¿Sabéis una cosa? —dijo el mánager mientras mascaba el chicle—. No es que vayamos a llegar a tiempo de coger el ferry, es que vamos a llegar un cuarto de hora o incluso veinte minutos antes. ¡Este coche es una maravilla!

—No solo el coche, también el conductor —dijo el otro, guiñándome un ojo.

—¿Una maravilla, el mánager?

—Quiero decir que es un todoterreno.

—Bueno, eso sí. El mánager es un artista del volante.

—¿Qué pasa ahí? ¿Es que me estáis criticando? —preguntó el mánager, sonriendo—. ¿Os estáis riendo de mí? Agradezco los cumplidos de todas formas, así que muchas gracias.

Iba a decir algo, me callé. Me empezó a doler el estómago y me cambió el humor al instante.

El miércoles anterior, hacía ya una semana, había sentido por primera vez aquel extraño dolor. Fue el miércoles por la tarde, estaba en la oficina escribiendo o hablando por teléfono —sí, hablando por teléfono—, cuando me sobrevino de repente. No era exactamente lo que se dice un dolor, era más

bien una punzada, como si me estuvieran hundiendo un dedo a presión. Duró unos segundos y después se fue como había venido.

Desde entonces no ha dejado de darme la lata, tres o cuatro veces al día, a cualquier hora, sin el menor aviso. En la oficina, en casa, en la calle.

A mis treinta y cinco años, era la primera vez que sentía una molestia en el estómago. Lo curioso era que mi mujer se había asustado mucho más que yo. Me gruñía una y otra vez que no debía perder el tiempo, que fuera a hacerme una revisión lo antes posible, «cuanto antes, mejor». No es que yo dejara de estar asustado, con el trabajo en la oficina —en los últimos días se habían superado todas las previsiones—, ¡de dónde iba a sacar tiempo y ganas para visitar médicos! La verdad es que hay que contar con otra cosa, yo tiendo a dejarlo todo para otro día, soy así por naturaleza. De todas formas iría a la primera de cambio. Me había decidido por un especialista que me había recomendado con entusiasmo un colega. No por nada, sino por quitarme ese peso de encima. Algo de tipo nervioso, casi seguro. Mucho trabajo en el despacho, mucha tensión, demasiados cafés, demasiados cigarrillos.

—¡Cruce a la vista! —avisó el mánager con la misma expresión con la que hubiese dicho «¡Arriba las manos!».

—¡Qué va! —dije—. ¿Ya hemos llegado al cruce?

—¡Claro! ¿En qué estarás pensando? ¡Con los 110 que nos estamos metiendo entre pecho y espalda no hay distancias que valgan! En diez minutos estamos en el cruce con la Nacional 40. Entonces dejamos la 37 y entramos en la 40, en un santiamén nos ponemos en el puerto ¡y al ferry!

—Estupendo. De momento, todo está saliendo a pedir de boca.

Para qué habría dicho nada el mánager. Conforme nos acercábamos al cruce, la circulación se hacía más densa. Y había que conducir con sumo cuidado.

—¿Y esa cicatriz debajo de la oreja? —le pregunté al otro—. Es la primera vez que la veo. No me había fijado hasta ahora.

—Ah, una vieja historia —dijo sin dejar de mascar el chicle que le había dado el mánager—. Estreptococos.

—¿Sí?

—De chaval, a los dieciséis años, tuve una infección de estreptococos. Fíjese, hace ya de eso quince años. Me dio fuerte aquí, en el oído derecho, en la raíz. Se me inflamó muchísimo. Me operaron, me hicieron una incisión bastante profunda para limpiarlo y que saliera el pus. Y de la operación, me quedó esta cicatriz.

—No se nota mucho. Hombre, si uno se fija... se nota. De todas formas te lo puedes quitar con rayos. Es muy sencillo.

—Ya lo he pensado.

—¿Y por qué no te decides? ¿Te da miedo?

Se echó a reír.

—Cuesta decidirse, lo intentaré, ahora que lo dice. Sí, cuando volvamos de la capital, me lo pensaré.

Tuvimos un imprevisto en el cruce. Un autobús que chocó con un camión, o con otro autobús, no viene al caso; tampoco entonces nos importó gran cosa. Lo que sí nos parecía serio era el atasco con el que nos habíamos topado, un verdadero caos, cientos de coches detenidos sin poder avanzar.

—Buena la hemos hecho —suspiró el mánager mientras frenaba—. Como el tráfico vaya así de lento, lo tenemos claro. Y no hay vuelta de hoja, el ferry no va a salir más tarde por nuestra cara bonita. A las once y diez, sale a las once y diez pase lo que pase.

Salí del coche y me dirigí hacia el campo.

—Vuelvo enseguida —les avisé—. En dos minutos estoy listo.

—¡Detrás de aquel seto! —me gritó el mánager—. Desde allí no te ven ni con anteojos. ¿Por qué me miras así?

—Es que no voy a lo que tú piensas —le respondí.

Me dirigí hacia un macizo de flores silvestres que había visto. En un momento hice un ramo magnífico. Unas florecillas encantadoras cuyo nombre ignoraba por completo.

Con mucho cuidado coloqué mi ramo entre la bandeja y el parabrisas. Y no lo hice yo solo, el otro se apresuró a ayudarme. El mánager nos lanzaba miradas intermitentes cargadas de ese soterrado sarcasmo suyo.

—Se me ha pegado el chicle en una muela —dijo el otro—. Tengo una muela picada desde hace tiempo, aquí, a la derecha, la penúltima por arriba. Cuando me entra comida o agua, sobre todo si está fría, y no digamos ya del frigorífico, me entra un dolor que veo las estrellas.

—¿Y qué haces que no vas a que te la empasten? Lo más seguro es que necesites una funda. Toma, no es un consuelo, pero toma esta flor, por haberme ayudado a colocar el ramo. Póntela en la solapa.

Le entusiasmó, cualquiera diría que le hubiese regalado un tesoro. Se puso la flor —una de color violeta— en el ojal de la solapa y se miró en el parabrisas para ver cómo le quedaba.



—Queda muy bien —dijo orgulloso—. Un perfecto dandy, el mismísimo aspecto de un dandy, con la flor en el ojal.

Por suerte el atasco duró poco. El mánager empezó a adelantar y no tardamos en recuperar los 110 por hora.

—¡Por fin he logrado despegarme el chicle! —nos informó.

Echó hacia atrás la cabeza, entornó los párpados y estiró la pierna derecha. Inmediatamente después la recogió y estiró la izquierda. Y yo, por mi parte, seguía mirando hacia afuera, como de costumbre, disfrutando del paisaje, desde luego, pero controlando cualquier movimiento suyo por imperceptible que fuera. «Si se le ocurre hacer un movimiento sospechoso, en el bolsillo izquierdo le espera mi pistola».